

La Fiesta del *Sopetón* en Mohedas

Juan José Fernández Delgado

¡Cómo me alegro cuando nuestros pueblos jareños buscan y encuentran motivos para divertirse! Ya me alegré cuando hace años los campillanos se inventaron nada más que porque sí una fiesta veraniega, y cuando celebran con todo boato popular el día de la Vía Verde, y por mantener en alza las fiestas de *San Blas*, cuando los fríos arrecian y las gargantas se resienten; también con la celebración del *Belén Viviente* en Aldeanovita esta última Navidad, y antes cuando celebramos de manera fantástica *El entierro de la sardina* en pleno apogeo de la añorada Asociación *Aldeanovita*, con lo que se demostró su enorme aceptación popular y, por ello, el reto anual que desde aquel entonces lanza a los aldeanos. Después me alegré con las carrozas festivas en Mohedas y, mucho antes, con su bicentenaria romería de *San Sebastián*. Y me alegro por muchas razones: porque un pueblo que es capaz de inventarse una fiesta y de mantenerla es un pueblo saludable y vitalista; y el pueblo que mantiene sus ancestrales costumbres y las celebra con fervor renovado cada año y, además y sobre todo, las transmite a sus jóvenes y éstos las aceptan hasta hacerlas suyas, es amante de su cultura y de sus tradiciones.

Y si los campillanos se han inventado una fiesta, en el caso de Mohedas se ha pretendido que no desaparezca el espíritu festivo con que se celebraba el final de la recolección de la aceituna desde los tiempos en que las aventuradas olivas decidieron dar su delicado y sabroso fruto. Mejor dicho: lo que celebraba la mayor parte del vecindario con sus respectivos vecinos, de manera aislada y espontánea, era la cata del aceite recién hecho. Recíprocamente, durante varias tardes de la segunda quincena de febrero, se invitaban a probarlo chorreadito en una lámina de pan tostada en la lumbre y, luego, rociada con miel y, sobre todo, con azúcar. Pero, como hace años los esfuerzos de los lagares y de los hacendosos molinos desaparecieron y se unificaron en la almazara, también se han unido aquellas degustaciones aisladas y particulares en *La Fiesta del Sopetón* que, si no exige un día concreto para festejarla, suele ocurrir a finales de febrerillo antes que a principios del ventoso marzo. ¡Siempre ha de ser sábado! ¡Y todo con el nunca suficientemente alabado esfuerzo de las mujeres de Mohedas, que con su tesón han logrado perpetuar en este encuentro anual aquellas vecinales celebraciones! En efecto; *La Fiesta del Sopetón* se ha recuperado y se mantiene ya con aires de tradición inmarchitable por amor y gracia de las mujeres de la Asociación de Mohedas...

¡Cuánto tendría yo que decir de las mujeres de Mohedas, de aquellas laboriosas y madrugadoras mujercitas que, a punto de amanecer, ya estaban en Aldeanovita con las borriquillas cargadas de fruta serrana cuyo sabor acude al paladar con solo mencionarla!

Y ese sábado por la mañana, las mujeres acuden hasta los anchos de la almazara a encender el fuego que hará volátiles pavesas dos troncos, dos, de robustas encinas. El fuego, en un principio, se muestra tímido y, apenas, se insinúa; mas, a media mañana, se han templado los ánimos y la llama extiende su cuerno y se reafirma con elegante presencia, de modo que se hace con la atención de todo el que pasa por aquellos contornos.

-¿Y esto? ¿A quién vamos a matar esta media tarde? –pregunto al considerar que se trata de una matanza remolona.

-A nadie –me responden las voluntarias mujeres.

Y a continuación, me explican que se trata de la Fiesta del Sopetón.

-Bueno, además de quedarme tranquilo viendo que dejamos las espadas tranquilas, me alegro de que se recuperen estos actos lúdicos en los que participa todo el pueblo.

-Todo el pueblo y muchos forasteros –apostillan.

-Claro, claro. Y si me invitáis, aquí acudo esta tarde. Y si hace falta, me quedo ya aguardando la hora.

-Pues ya frío no vas a pasar –dijo una aldeana señalando la decisión de la llama en ganar altura y brío.

-No. Me voy ya mismo para volver pronto, porque cuanto antes me vaya, antes regreso –dijo en *román paladino*.

-Puedes venir cuando quieras, pero la fiesta empieza a partir de las cinco, como los toros. ¡Ah, claro! ¿No fuiste tú quien toreó por aquí cerca?

-¡Qué coños de por aquí cerca! Aquí mismo fue.

-No, no fui yo. Fue uno de mis hermanos.

-Que a mí no me la das. Que fuiste tú.

-Que no, que fue otro hijo de la casa...

Y como la conversa empezaba a derivar, puse el coche en marcha con la promesa de estar allí a las cinco en punto de todos los relojes, incluso en el de la torre.

Cuando asomé por la calle de las eras, un grupo de coches hacía guardia de honor, alineados en las dos aceras de la calleja, y un racimo de gente se apiñaba entorno a los leños que ya iban de capa caída y, ello que por ello, habían alcanzado ese justimomento adecuado para empezar a tostar el pan por primera vez. Y mientras aparcaba como mal podía, ecos de pasodoble acudieron hasta mi lejanía y se mezclaron con otros juveniles y apasionados que por allí volaron hace, ¡ay!, ya demasiado tiempo. Y juntos –los de aquel día y éstos flamantes- cabalgaron unos momentos...

En la explanada de la almazara, donde ardían sin cesar los dos grandes troncos, allí depositados por el brazo articulado de Cristóbal, la gente –de todas las edades y propósitos-, se apresuraba a pinchar el trozo de pan en los respectivos tenedores manufacturados que le ofrecían las ramas de jara, de encina o de oliva recién podadas. Había un muchacho que no se andaba con chiquitas en perder el tiempo haciendo esos tenedores a imagen y semejanza de los inventados por los italianos: hace dos años encontró la fórmula de ganar a todos los congregados por la mano: eligió el rabo de una escoba modernaza, despatarró con ayuda de herramientas su boca y en ella metió un tenedor de nombre *tridente* y lo fijó con precisión. Así, nada más llegar, elige la rebanadita de pan que desea –con pico o la mediana de la barra o el otro pico- lo pincha y, a prudente distancia, lo arrima a las acaloradas ascuas. Cuando lo siente doradito, recoge velas y se va al tarimón para echarle el chorrito de rubia aceite y, después, regresa al fuego y da a la rebanada otra vueltecita. Y de nuevo en el filo de la tarima, extiende sobre la palma dorada un puñado de azúcar. Claro, que otros vierten sobre la cara sonrosada del pan zumo de naranja por ellos mismos exprimida, vino los más madrugadores en invierno, un chorro de leche casi nadie... ¡Y a comer el calentito y crujiente manjar!

-Mira, ahí tienes un tarro de miel, por si quieres echarlo en vez de azúcar –me dijo un amigo de los de antes, de los de siempre.

-No, gracias, es más tradicional poner azúcar.

Pero algún muchacho había preferido la miel, y comía el sopetón tan descuidada y placentemente que un hilillo de oro le chorreaba por el antebrazo. Al observarle, me preguntaba por las benditas moscas de antaño: ¿Dónde están las moscas, señor? Este

mundo ya no es el mundo de antes. Y como cayera en estos pensamientos, vinieron a arrancarme de ellos los recordados acordes de *Cartagenera*, y los de *Angelitos negros*, y *Será, será, será, será*, y los de otro *pasodoble* y, luego, los de otro. El ancho de la almazara, convertido en pista de baile, se fue llenando de parejas rumboosas que se empeñaban en rememorar tiempos juveniles...

Allí llegó una cuadrilla de jóvenes de Aldeanovita con la firme decisión de asistir al festejo, pero más como espectadores que como participante. Así, timidillos, -¡eran las 18,30 de la tarde. Otra cosa sería a esa misma hora de la “madrugá” del sábado-! no pasaron de las traseras de la fiesta: no obstante, se hacían señas y contraseñas con otros jóvenes mohinos y de otros pueblos de alrededor.

Al final de la tarde, no hubo que llevarse pan de vuelta, ni azúcar, ni vino; tampoco hubo que apagar el ardor de los troncos: ellos mismos se consumieron con la tarde misma. Entre dos luces, la improvisada pista de baile estaba casi completa y, cuando sonaban los acordes del popular pasodoble **Tercio de quites**, encendí los faros del coche y la emprendí hasta Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada.